

ENTREVISTA

Entrevista a Begoña San José

ANA DE MIGUEL

Universidad de A Coruña

Cincuenta y un años, licenciada en Derecho, de profesión secretaria-interventora de Ayuntamiento. Milita desde 1977 en el movimiento feminista, primero en la Secretaría de la Mujer de CC.OO. de la que fue responsable confederal de 1977 a 1981, luego en el Centro Feminista de Estudios y Documentación y, desde su creación en 1995, en el Forum de Política Feminista. Autora de *Democracia e igualdad de derechos laborales de la mujer* (Madrid, Instituto de

la Mujer, 1985 y 1989), ha trabajado principalmente sobre la igualdad de mujeres y hombres en el empleo y en la participación política y ha coordinado el proyecto «Más mujeres en los poderes locales» (1997-1999). Desde noviembre de 1999 es Presidenta del Consejo de la Mujer de la Comunidad de Madrid. Desde el Consejo coordina más de 80 asociaciones de mujeres, actuando como interlocutora de las organizaciones de mujeres ante los poderes públicos.

Pregunta: En los últimos años y debido al cambio de siglo —y milenio— ha sido una constante el hacer balance de los avances y retrocesos sociales, ¿cuál es este balance desde el punto de vista feminista?

En el Consejo de la Mujer de la Comunidad de Madrid inauguraremos en octubre una exposición sobre «100 mujeres españolas del siglo XX que abrieron camino a la igualdad»; el balance es que la lucha ha merecido la pena, pero continúa. El siglo XX empezó con la reivindicación del acceso a la educación, y hoy las mujeres somos mayoría en todos los niveles de la enseñanza e insaciables en cultura, aunque el acceso a las ciencias experimentales y la tecnología sigue masculinizado. La primera ley laboral española es de 1898: regulaba el trabajo de mujeres y niños en las minas; la última del siglo se llama de conciliación de la vida laboral y familiar; mientras tanto, la tasa de ocupación laboral de las españolas ha alcanzado un escaso 33 % y el paro femenino duplica al masculino, pero se ha impuesto el modelo de mujer económicamente independiente. En 1978 se legalizaron los anticonceptivos, y en la actualidad nuestra tasa de natalidad es de 1,3 hijos por mujer, lo que revela que las mujeres no son esclavas de su fecundidad, aunque tampoco libres de ejercer la maternidad debido a condicionantes económicos y a una crisis del modelo de pareja cuyo mayor exponente es la violencia doméstica, que se cobró 66 víctimas en el 2000. En conjunto, las mujeres de España, y en general del primer mundo, somos más libres y, por tanto, más felices que nuestras abuelas o bisabuelas, pero esto no es universalizable: el caso de Afganistán nos muestra hasta qué punto ha habido retrocesos.

En un país como el nuestro que asume formalmente la demanda de mayores cuotas de igualdad sexual, la desigualdad continúa reproduciéndose sin mayores problemas. ¿Cuáles son para ti las prioridades políticas actuales, qué medidas o políticas públicas permitirían un salto adelante cualitativo?

El reparto del empleo entre mujeres y hombres, que conlleva el reparto del trabajo doméstico de cuidado de niños y personas ancianas o enfermas. Tenemos la generación de mujeres de 25 a 35 años mejor formadas de nuestra historia, y es la más discriminada en el mercado de trabajo por «riesgo de maternidad», mientras el Estado las acusa de egoístas por hacer «huelga de vientres». Sólo el 2 % de los niños de 0 a 3 años tienen plaza en la red escolar pública, mientras el 66 % de sus madres están incorporadas al mercado de trabajo. Algo similar ocurre con el cuidado de ancianos. Tenemos un estado de bienestar africano para un mercado de trabajo europeo. Pretenden que el puente entre ambos sea no ya la doble jornada, sino la ubicuidad de las mujeres, se trata de una situación insostenible.

Otra prioridad es la erradicación de la violencia doméstica, que es la punta del iceberg de la crisis de modelo de relación entre hombres y mujeres. Creíamos que el avance en la independencia económica de las mujeres iba a eliminar este problema, y no es así. La dependencia afectiva subsiste y reproduce la vulnerabilidad de las mujeres. Creo que el movimiento feminista ha logrado situar este tema en la agenda política, con propuestas orientadas a evitar las agresiones más graves, a aumentar la condena social y la represión de este delito y a recuperar psicológica y socialmente a las víctimas. Ahora estamos empezando a trabajar en la detección precoz y de prevención, para pasar de la victimización al empoderamiento de las mujeres. Los estereotipos sobre la pareja permanecen intocables, los grandes medios de comunicación, la televisión, el cine, siguen encaminándonos: debemos enamorarnos y enfocar la vida junto a un hombre fuerte y protector, que es el germen del prepotente y maltratador. Películas como *El diario de Bridget Jones* apuntan una crítica, pero acaban manteniendo el tópico.

Dar poder a las mujeres no sólo individual, sino colectivamente, es otra prioridad. Promover a mujeres a puestos de decisión y exigirles un compromiso colectivo ha sido una buena apuesta. La democracia paritaria y la democracia participativa son imprescindibles para instrumentar la igualdad económica y cultural. La cuarta prioridad es la solidaridad internacional. El movimiento feminista no reivindica la igualdad para una élite de mujeres a costa de las inmigrantes, de las mujeres de países productores de petróleo o del tercer mundo. Tenemos un puesto irrenunciable en la lucha por la globalización del derecho a la igualdad y los demás derechos humanos.

El feminismo implica también una redefinición de la política bajo el lema «lo personal es político», es decir, la transformación de las relaciones de poder en la vida cotidiana y en las mentalidades. ¿Hasta dónde se ha llegado en este aspecto? ¿Observas un cambio real en las vivencias de las más jóvenes?

El lema *lo personal es político* ha permitido la legalización y difusión de los anticonceptivos, que ha cambiado el itinerario vital de las mujeres, ha evidenciado la hipocresía social sobre el aborto y ha hecho emerger al debate público la violencia en el «hogar dulce hogar». Hemos roto un orden injusto basado en un modelo único de mujer-esposa

y madre y se ha abierto paso a una libertad de modelos; es cierto que el mercado ha propiciado el consumismo de sexo y un modelo de mujer objeto sexual que dice disfrutar de serlo, un modelo que puede esclavizar a muchas jóvenes y maduras obsesionadas por el gimnasio y la cirugía plástica. Pero también ha crecido el modelo de la profesional brillante y reconocida, de la militante comprometida, etc. Y las feministas seguimos demostrando que existen muchos estereotipos sexuales que impiden a las personas de carne y hueso desarrollar sus proyectos, su personalidad. Las mujeres jóvenes estudian, son independientes económicamente o buscan serlo, no hacen del matrimonio el eje central de su vida, en fin, han llevado a cabo muchos de los cambios por los que hemos luchado, aunque tienen que afrontar problemas nuevos, como la precarización laboral o esta superexigencia de atractivo físico.

¿Traen las jóvenes nuevas inquietudes y reflexiones al feminismo o más bien repiten las experiencias de generaciones anteriores?

Para mí lo más novedoso de jóvenes es su forma de militar. Durante 25 años el feminismo, la izquierda, el sindicalismo, etc., se han forjado a base de que aproximadamente un 3 o un 5 % de la población dedicáramos regularmente unas horas de nuestra semana a reuniones que ya sabíamos que en parte eran ineficientes, pero que han servido para formar el intelectual colectivo, un patrimonio común de ideas y reivindicaciones y también unas estructuras: nombres de organizaciones, coordinadoras, liderazgos. La proporción de jóvenes que creen en esas ideas y que, a veces, las defienden es mayor, pero su dedicación de tiempo es más irregular, su cultura política se basa más en proyectos puntuales que en organizaciones estables. ¿Puede Internet sustituir a nuestras reuniones y asociaciones? Como plantea Montse Boix en *El viaje de las internautas*, la Marcha Mundial de Mujeres 2000 ha mostrado cómo Internet favorece un relevo generacional de liderazgos, pero la exclusión de las organizaciones feministas históricas puede afectar a la solidez de los contenidos. En el Forum de Política Feminista estamos analizando la vigencia en este nuevo contexto de «la tiranía de la falta de estructuras» que ya describió Jo Freeman hace 20 años.

Y volviendo a la política convencional, ¿hasta qué punto se asumen las demandas feministas?, ¿observas como un problema el hecho de que se coloquen mujeres que no sean feministas para satisfacer la demanda del electorado de más mujeres en las listas que resultan más dóciles a los intereses de partido?

La apuesta por la democracia paritaria, por promover mujeres al poder político, ha sido muy fructífera para el movimiento feminista. Ha influido mucho la teoría feminista del poder de Celia Amorós y su escuela, una teoría académica y rigurosa, pero muy conectada con las militantes prácticas, que ha permitido que España, después de casi 40 años de dictadura —con el consiguiente desprestigio de lo político y la relegación de las mujeres al hogar—, haya pasado del 6 % de diputadas, en 1977, al 28 %, en el 2000. Por definición, el poder influye más de lo que es influido, y con feministas en centros de poder hemos conseguido más logros que en posiciones de impotencia. Desde que comenzó la democracia siempre ha habido feministas activas en el Parlamento, y en conjunto las diputadas estatales y de las comunidades autónomas defienden reivindicaciones igualitarias puntuales. Otro tema es que ni el 28 % es cuantitativamente la pari-

dad ni la política general es feminista; por supuesto la igualdad de géneros no es su prioridad. Creo que hoy por hoy las mujeres en cargos públicos se sienten comprometidas con la reivindicación de igualdad de las mujeres en la sociedad, quizás más en gestos que en políticas; se trata de un déficit no sólo de ellas, sino de un movimiento feminista insuficientemente reivindicativo, politizado.

Tenemos que jugar a la ofensiva en la democracia paritaria, no a la defensiva de antifeministas que utilicen la cuota para situarse o de esquirolas contratadas por políticos machistas. La democracia paritaria es actualmente una demanda social y tanto las militantes de partidos como las de organizaciones feministas debemos demandarla desde la sociedad, no conspirativamente. Si bien es cierto que la opinión pública puede cambiar, porque los medios de comunicación no ofrecen un discurso muy sólido al respecto. Como amantes de las novedades, destacan a las candidatas, porque son más jóvenes, más guapas y más novatas que los candidatos, pero una vez elegidas se olvidan de ellas o dan una imagen estereotipada de su gestión, más basada en cómo visten o si engordan que sobre cómo gestionan los intereses públicos. Las estrategias de comunicación para el liderazgo sostenible de las mujeres políticas de que habla la Plataforma de Acción de Beijing 1995 son urgentes.

¿Cómo ha funcionado en la práctica el tema de las cuotas?, ¿las han aplicado todos los partidos?

En política lo que no se puede medir no existe. Los partidos que dicen que prestarán atención a las mujeres pero que presentan menos mujeres que sus competidores quedan descalificados. Desde que las mujeres del PSOE e Izquierda Unida han hecho a sus partidos aplicar las cuotas, el Partido Popular, aun diciendo que no estaba de acuerdo, se ha visto obligado primero a poner pocas mujeres pero en sitios muy visibles y después ha tenido que contabilizar, que cuantificar su compromiso.

Las cuotas revelan la realidad más allá de maquillajes engañosos. Esto se ve especialmente en la base de la democracia representativa, que son los poderes locales. En el programa «Más mujeres en los poderes locales» con el que contribuimos, en cooperación con mujeres de siete partidos políticos, a pasar del 13 % de concejalas en 1995 al 25 % en 1999. Para esto utilizamos las estrategias de Beijing 1995: cuantificar objetivos, exigir al Ministerio del Interior que desglosara por sexos los resultados electorales y difundir esos datos. No es lo mismo tener 13.805 concejalas trabajando a diario en 8.000 ayuntamientos que tener un puñado para colocarlas en cuatro fotos. Sostener a esas 13.805 para dar otro salto en el 2003 cuesta mucho, pero aporta mucho más.

¿Cómo te sitúas respecto a los debates sobre la reivindicación de la democracia paritaria?

La democracia paritaria, la democracia, es el mejor de los sistemas políticos y es un fin en sí. Pero a la vez es un instrumento para organizar la realidad económica y social bajo los mismos principios de libertad, igualdad y solidaridad. La contraposición entre libertad para lo económico e igualdad para lo político formal, vacío de contenido, es una perversión de la democracia, y el feminismo, que es un gran regenerador de la democracia, no se debe prestar a ese juego. Queremos la mitad del poder político, pero lo queremos para repartir los recursos materiales, el empleo, el cuidado de las personas

dependientes, el trabajo doméstico, etc. Las mujeres, sin perjuicio de nuestro derecho al pluralismo político, podemos pactar la defensa de reivindicaciones comunes, como un desarrollo del estado de bienestar que socialice el cuidado de las personas dependientes: niños, mayores, enfermos y que dé oportunidades de empleo a las mujeres, junto a las otras prioridades de que hablábamos antes.

Por otra parte creo que junto al derecho al voto y la democracia paritaria, que han sido dos reivindicaciones históricas del movimiento feminista, hay que trabajar hoy por la democracia participativa, por la *interlocución civil de las organizaciones de mujeres*, igual que las de otros movimientos sociales, como el ecologista, el sindical, vecinal, de solidaridad internacional, etc.

¿Qué es la interlocución civil de las organizaciones de mujeres?

El papel de las ONGs es relevante para la democracia en el siglo XXI. Los partidos políticos son necesarios, porque articulan movimientos diversos y los entroncan con la política «realmente existente», pero tienen limitaciones de legitimación, por su escasa afiliación y su carencia de alternativas a muchos problemas. Las ONGs tienen en su conjunto más militantes, sobre todo más jóvenes, y conocen mejor la materia a la que dedican su prioridad. Por ejemplo, los gobiernos y los partidos necesitan a las asociaciones de mujeres si, como dicen, quieren erradicar la violencia doméstica.

Sin embargo, la primera tentación de los gobiernos, y de los partidos que los forman o aspiran a formarlos, es instrumentalizar a las ONGs en dos sentidos: uno para que gestionen servicios de mucha carga ética pero poca rentabilidad política (a los que por tanto asignan poco presupuesto), como es la cooperación internacional, y otro, para apropiarse gratis de su legitimación social. Quieren que nos ocupemos por cuatro perras de problemas como la atención a mujeres violadas o maltratadas, pero se oponen a que, partiendo del conocimiento que nos da esa tarea, exijamos políticas públicas generalizadas, cambios estructurales que ataquen la raíz. Que seamos muy éticas para optimizar con mucho voluntariado y mucho voluntarismo la aplicación del parche, pero que nunca digamos que hay que poner algo más que parches. No contentos con eso, de vez en cuando nos exigen que nos hagamos una foto aparentando un diálogo y reconocimiento mutuos inexistentes. Es grave que el gobierno de Aznar haya impuesto una reforma de la composición del Foro de la Inmigración expulsando a las ONGs que dictaminaron críticamente la Ley de Extranjería y que en el Consejo de Cooperación Internacional haya llegado hasta el punto de designar quiénes son los representantes de las ONGs. ¿En qué quedamos, son gubernamentales o no gubernamentales?

Creo que si los gobiernos y los partidos, e incluso los sindicatos, no pasan *de la instrumentalización a la interlocución* con las organizaciones sociales y en particular las organizaciones de mujeres, la democracia se va a resentir, porque en este siglo la democracia o es participativa, o no existe. El argumento de que las ONGs no están maduras, no están preparadas para esa interlocución es el mismo que se esgrimió hace 70 años contra el sufragio femenino. La democracia sólo se aprende practicándola. Los Consejos, los órganos consultivos de movimientos sociales de mujeres, jóvenes, vecinos, pacifistas, inmigrantes o ecologistas tienen que ser autónomos, 100 % de ONGs, sin tutelas de gobiernos, partidos o sindicatos. El diálogo debe plantearse desde el reconocimiento mutuo y la independencia.

¿Puedes concretar tu concepción acerca de las relaciones entre el movimiento feminista y las organizaciones de mujeres?

Yo creo en lo que algunas autoras han denominado el «continuo femenino-feminista». Para empezar, no suscribo la idea de que el feminismo sea sólo un movimiento ético, un movimiento puramente ideológico que no resiste la traslación práctica, la conversión en movimiento político. Nosotras necesitamos argumentar mucho para convencer a las mujeres de que el sistema patriarcal no es inevitable, e incluso convencer a bastantes hombres de que nuestra alternativa es mejor. Ningún movimiento social ha triunfado sin una teoría coherente, tanto para desmontar las estructuras existentes, como para construir otras alternativas. Pero la teoría o la ética sin política, no sólo es narcisismo, como dice Manolo Sacristán, sino que pierde toda la fuerza de millones de mujeres que buscan en el feminismo soluciones prácticas a problemas inmediatos. Por tanto, para hacer política feminista hay que hablar de organizaciones, de quién va hacer qué, dónde y cuándo. ¿Cómo son las organizaciones de mujeres en España? Hay estudios como los de Virginia Maquieira y el Colectivo IOE que coinciden en que hay tres tipos de organizaciones: las feministas, que en cuanto a número no superan el 20 %, pero que son muy activas y priorizan en su actividad las reivindicaciones feministas; las de promoción, que no se consideran feministas, aunque progresivamente vayan asumiendo estos planteamientos y actividades, y los departamentos de mujeres de organizaciones mixtas, en especial los sindicatos y los partidos.

Hay cierta polémica entre las organizaciones feministas que consideran inútil la búsqueda de acuerdos y acciones comunes tanto con las organizaciones «femeninas» como con las mujeres de sindicatos y partidos y la corriente feminista que consume muchas energías y rebaja planteamientos para alcanzar consensos. Teniendo en cuenta que en España hay cerca de 3.000 asociaciones de mujeres, todo este asunto de las alianzas es clave para una política feminista. ¿Por qué en España, a diferencia de otros países, no existen grandes organizaciones de mujeres?

Te has referido antes a la crucial importancia de la argumentación y la teoría para analizar, comprender y explicar la situación de las mujeres, ¿puedes explicar un poco más esta relación entre teoría y práctica?

Las feministas queremos cambiar unas estructuras de poder patriarcal que limitan las oportunidades de las mujeres. El poder patriarcal como todos los poderes tiene un componente de legitimación y otro de coerción. Cuando emergen tienen mucha legitimación, pero al instalarse tienden a desgastarla y apoyarse más en la coerción. El incremento de la violencia de los maridos o novios cuando «su» mujer les dice que se va es un ejemplo claro. Por contra, los poderes emergentes, como el de las mujeres, necesitan fuertes dosis de legitimación para subvertir el poder, para convencernos a nosotras mismas, aguantar la reacción y ganar alianzas en gente que de entrada está en el otro bando, pero puede convencerse de que el nuestro es mejor. También necesitamos fuerza (económica, organizativa, de represión por el estado de las agresiones, etc.) pero sin ideas, sin argumentos de legitimación de nuestra alternativa, sólo nos cabe la queja. Mi trayectoria ha sido siempre en la militancia práctica, en el sindicato, en la política, en el feminismo, pero bebiendo de la teoría para saber por dónde ir. Creo que el feminismo

ha avanzado tanto en España porque ha habido mujeres como Celia Amorós, Amelia Valcárcel, Alicia Puleo, y un afortunadamente largo y continuado etcétera, que han dedicado sus cabezas privilegiadas y los recursos académicos a reflexionar sobre la contradicción hombre-mujer, a crear escuela en el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid y otros, a construir un feminismo político, transformador de la realidad, no diletante y a bajar a los barrios, a las asociaciones de mujeres de base a debatir y comprometerse en las acciones del movimiento. Al cabo de 15 o 20 años vemos resultados de la aplicación de sus teorías sobre el poder, sobre la igualdad, sobre el racionalismo y el entronque del feminismo con la Ilustración. Han dado solidez a nuestros avances y nos han ahorrado esfuerzos sin salida.

Además de la teoría y el movimiento feminista parece que el «feminismo institucional» se va configurando como otro referente importante en la lucha por la igualdad. ¿Puedes hacernos una valoración de las aportaciones de las Conferencias Internacionales de las Mujeres?

Creo que presentan dos valores, la universalización y la legitimación del derecho a la igualdad. En contrapartida, carecen de lo que carece la ONU que las convoca: fuerza vinculante, coerción para sancionar a los que no cumplen los acuerdos. Pero yo les atribuyo un efecto netamente positivo. La de México en 1975 no contó con españolas en el Foro No Gubernamental, pero concitó un manifiesto-programa de las 78 asociaciones de mujeres que había entonces y que, al morir Franco aquel año, sirvió para el posicionamiento del feminismo en la transición a la democracia. La de Copenhague en 1980 sirvió para abrir unos grupos de trabajo sobre empleo, salud y educación que fueron el germen de una nueva forma de trabajar en común entre organizaciones de mujeres y en interlocución con el gobierno. Nairobi en 1985 fue la primera Conferencia a cuyo Foro paralelo de ONGs asistió una amplia representación de españolas y significó el comienzo de nuestra aún débil participación en las redes internacionales. Por último, en la Conferencia de Beijing de 1995 se batió el récord de participación en el Foro paralelo, con decenas de miles de mujeres entre las que las españolas fueron varios cientos, eso sí bastante desarticuladas nacional e internacionalmente. La decisión de Naciones Unidas de convocar un Foro de ONGs paralelo a las Conferencias gubernamentales es muy aleccionador para España: algunas consecuencias son que se da mucha más publicidad a los acuerdos gubernamentales y por tanto hay más compromiso real, además nos permite conocer el feminismo de otros países, algunos muy diferentes al nuestro y, por último, refuerza la interlocución de las ONGs con los gobiernos que, como decía antes, es una asignatura pendiente en España.

Por último, sería interesante terminar con una reflexión sobre el feminismo y la globalización.

El feminismo tiene una tradición que antes llamábamos internacionalista nada despreciable. Los Foros paralelos de las cuatro Conferencias Mundiales de la Mujer a los que me refería antes han sido el marco para Conferencias Regionales, redes, etc. Algunas campañas del Lobby Europeo de Mujeres, las Conferencias Latinoamericanas y del Caribe entre otras, han ido creando una estructura y difundiendo ideas y objetivos importantes a nivel internacional.

Pero a partir de las manifestaciones de Seattle y el Foro de Pôrto Alegre surge un movimiento nuevo, de manifestantes que se desplazan para protestar por las reuniones del Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio, etc., y también un debate teórico en el que Ángel Martínez González-Tablas o Susan George exponen la inviabilidad del capitalismo mundial, las contradicciones del neoliberalismo como pensamiento único. Esta última advierte que las «políticas de identidad» nacionalista, racial o de sexo dan un balón de oxígeno para ese sistema.

En ese marco surge la marcha Mundial de Mujeres 2000 contra la violencia y la pobreza, que al principio denunciaba también la participación de las mujeres en la política institucional, aunque luego retiró ese planteamiento. La Marcha Mundial de Mujeres ha sido en parte promovida por mujeres que no han tenido anteriormente una militancia feminista y que marca un acento más anticapitalista que antipatriarcal, aunque ante la opinión pública se ha presentado como un movimiento unitario y feminista.

En Francia la Asociación ATTAC ha propiciado un debate más rico entre el movimiento feminista y el nuevo movimiento anticapitalista, pero en España no hay un espacio tan claro de encuentro. Nuestro movimiento feminista no ha trabajado mucho en temas económicos como la discriminación en el empleo, la feminización de la pobreza o el intercambio desigual entre el norte y el sur, pero ha construido un «intelectual colectivo» muy sólido sobre la desigualdad que espero no ignoren las nuevas militantes anticapitalistas, por la coherencia de este movimiento y para que las mujeres no queden relegadas dentro de él, porque ya tenemos alguna experiencia de adónde lleva lo de «buscad primero, la revolución y la igualdad se os dará por añadidura». El Foro de Pôrto Alegre dio más cabida a la articulación del feminismo y otros movimientos sociales, nuevos y viejos y en el Encuentro Feminista de Córdoba en diciembre de 2000 también se avanzó algo. Aunque sean muchas incertidumbres y también muchas carencias, lo que me parece indiscutible es que el movimiento feminista recorre el mundo extendiendo el principio y el derecho a la igualdad, y ésa es nuestra gran contribución a la globalización de los derechos humanos.